

dados veteranos, los mejores que ha tenido nunca Francia (son sus palabras testuales), y cuyo número efectivo ascendía á doscientos mil combatientes,» habiéndose prometido estar en julio en Lisboa, en Sevilla, en Cádiz, y en Valencia, estaban en agosto, no en Lisboa, ni en Oporto siquiera, sino en Salamanca; no en Cádiz ni en Sevilla, sino en Madrid; no en Valencia, sino en Zaragoza ⁽¹⁾. Y añade el mismo escritor, que cuando Napoleon, que se hallaba en Schœnbrunn preparando sus ejércitos por si comenzaban de nuevo las hostilidades en Alemania, supo los sucesos de nuestra península, se afectó tan profundamente, y se enfureció tanto contra los que habian tenido parte en ellos, incluso su mismo hermano, que á todos juzgó con severidad, de todos sospechó, y á todos quería sujetar á juicios y procesos criminales.

Si entre los mariscales franceses, y entre éstos y el rey José no hubo el mejor acuerdo, y á esto atribuyeron el poco fruto de aquella campaña, tambien hubo desacuerdos lamentables entre los gefes de los ejércitos británico y español, Wellesley y Cuesta, y entre aquél y la Junta de Sevilla; desacuerdos que se creyó, aunque en vano, terminarian con la venida del marqués de Wellesley, hermano de sir Arturo, como embajador de S. M. Británica cerca del gobierno español. El tema perpétuo del general inglés, la causa con

(1) Thiers, Historia del Imperio, lib. XXXVI.

que pretendia justificar, asi la lentitud en ciertas operaciones como la retirada á la frontera de Portugal y sus desabrimientos con Cuesta y con la Junta, era la escasez de subsistencias para sus tropas. No diremos nosotros que los víveres abundáran siempre, como fuera de desear, en un país de ántes ya trabajado y devastado por franceses y españoles, ni aseguraremos tampoco que la Central desplegara todo el celo y actividad posibles, ni tomara siempre las mas acertadas medidas para proporcionarlos. Mas ni era verdad que careciese siempre de los precisos bastimentos, como sus mismos compatriotas lo reconocieron y consignaron ⁽¹⁾, pudiendo con mas justicia lamentarse de ello nuestros soldados, ni era justo pretender que en la situacion en que se encontraba España se previnieran todas las necesidades y hubiera regularidad en el establecimiento y provision de almacenes. Y si bien tuvo razon Wellesley para despedir con ignominia á Lozano de Torres, enviado por la Junta para el objeto de los abastecimientos, no la tuvo para desatender ásperamente asi al intendente Calvo de Rozas, que la Junta envió después, con ser persona de muy otras y respetables condiciones que Lozano, como al general Egüía, con quien no tenia las prevenciones que con Cuesta, los cuales le rogaban que desistiese de su retirada á Portugal. La aspereza con que desatendió á sus ruegos

(1) Como lo hizo lord Londonderry en su Narracion de la guerra peninsular, vol. I. cap. 17.

y á sus ofrecimientos, llevando adelante su propósito, indican que no la falta de subsistencias, sino otras causas influían en sus determinaciones, dando lugar á que sospecharán muchos no fuese una de ellas cierta maniobra para hacerse nombrar general en jefe del ejército aliado.

Tan pronto como José regresó á Madrid, contemplándose ya mas seguro, se consagró con actividad á los trabajos de gobierno y administracion interior. Ya ántes habia instalado el Consejo de Estado, no así las Córtes ofrecidas por la Constitucion de Bayona, que sin duda por lo árduo de las circunstancias no se atrevió á convocar. Así uno de sus primeros decretos fué la supresion de todos los Consejos, de Guerra, Marina, Ordenes, Indias y Hacienda, refundiéndolos en las secciones del de Estado. Siguiéronse á éste otros varios, todos sobre asuntos graves. Tales fueron: la supresion de todas las grandezas y títulos de Castilla, no reconociéndose en lo sucesivo otros que los que él dispensára ú otorgára por decreto especial:—la cesacion de todos los empleados en sus cargos y funciones, debiendo someterse á solicitar sus títulos del nuevo gobierno:—la obligacion de presentar en el término de un mes á los intendentes de las provincias todo documento de la deuda pública, sopena de ser declarados extinguidos en favor del Estado:—la supresion de todas las órdenes religiosas, así de monacales como de mendicantes, debiendo sus individuos esta-

blecerse en los pueblos de su naturaleza, donde habian de recibir su pensión:—la confiscacion de los bienes de los emigrados, y su aplicacion al pago de la deuda pública:—la creacion de 100.000,000 de reales en cédulas hipotecarias, destinados, mitad al ministerio de la Guerra, mitad al de lo Interior, para indemnizar á los que le hubiesen hecho servicios importantes, ó sufrido por su causa pérdidas en la guerra:—la abolicion del impuesto conocido con el nombre de *Voto de Santiago* (1).

A estas medidas acompañaron y siguieron otras, las cuales, lo mismo que puede decirse de las ya enumeradas, eran unas de carácter tiránico y odioso, otras benéficas y civilizadoras. Pertenecian á las primeras las persecuciones y los destierros á Francia de próceres y literatos, de togados é industriales, señalados por desafectos á la causa de la usurpacion; la de obligar á los que tenían hijos sirviendo en el ejército español á dar para el suyo un sustituto ó una indemnizacion en dinero; la de recoger la plata de las iglesias y otras semejantes. A las segundas pertenecian la organizacion de los grados y sueldos de la milicia, el plan de enseñanza pública, en que se prescribian ya muchas de las notables reformas que andando el tiempo y en nuestros propios dias se han ido adoptando con éxito

(1) Hemos mencionado estos decretos de Madrid del 18 al 23 de agosto por el orden con que se fueron publicando en las Ga-

en España, y otras de parecida índole. Mas por desgracia las que hubieran podido ser provechosas, ó no se planteaban ó producian solo mezquinos é imperceptibles resultados por culpa de los encargados de su ejecucion.

En tanto que en el centro de la península pasaban los sucesos militares de que acabamos de dar cuenta, á un extremo de España, en una de las mas célebres ciudades de Cataluña en la historia antigua y moderna, se estaban realizando hechos insignes, tan terribles como gloriosos, que habian de ser la admiracion de aquellos y de los venideros tiempos, que habian de dar honra y fama á la nacion que sustentaba esta guerra, y que habian de causar tal asombro, como nadie podia esperar yá, vistos los prodigios de constancia y de valor que habia ofrecido al mundo la heroica Zaragoza. Nos referimos al memorable sitio y á la inmortal defensa de la plaza de Gerona.

Indicado dejar los atrás el empeño de los franceses en tomar á Gerona, ya porque las instrucciones y mandatos terminantes de Napoleon al gefe de su ejército de Cataluña eran de que se apoderára de las plazas fuertes, ya porque ellos mismos anhelaban reparar el honor de las armas imperiales, no poco lastimado con la humillacion y las pérdidas sufridas en los ataques de los dos sitios que en el año anterior de 1808 habian puesto á aquella misma ciudad. Resueltos esta tercera vez á vengar aquella doble afrenta,

presentáronse el 6 de mayo de 1809 á la vista de la plaza las tropas francesas mandadas por el general Reille, si bien á los pocos dias le reemplazó Verdier, que continuó al frente de ellas durante el sitio. Poblacion Gerona de mas de 14.000 almas, estendida por las dos riberas del Oña, y prolongándose á su derecha hasta la union de aquel rio con el Ter, dominada en aquella parte por varias alturas, si bien protegida por castillos y fuertes, pero de tal manera que tomando uno de ellos, y especialmente el de Monjuich, quedaba descubierta á los ataques de los agresores, necesitaba para su defensa, por la estension de su recinto y por los muchos puntos fortificados que habia que cubrir, de casi doble guarnicion de la que tenia, y á juicio de los mismos ingenieros franceses era muy imperfecta su fortificacion. Guarnecianla solo 5,673 hombres de todas armas. Pero á todo habia de suplir la constancia de las tropas, el valor de los gefes y el patriotismo de los moradores. Gobernaba interinamente la plaza don Mariano Alvarez de Castro; era teniente de rey don Juan de Bolivar, que tan heroicamente se habia conducido ya en los dos sitios anteriores; dirigia la artillería don Isidro de Mata, y mandaba los ingenieros don Guillermo Minali. Resueltos los vecinos, todos sin distincion, incluso el clero secular y regular, y hasta las mugeres, á contribuir, cada cuál como pudiese, á la defensa de la ciudad, el coronel don Enrique O'Donnell organizó ocho compañías de

paisanos con el nombre de Cruzada, y hasta de mujeres se formó una compañía titulada de Santa Bárbara, encargada de asistir á los heridos y de hacer y llevar cartuchos y víveres á los defensores. Nombróse generalísimo al Santo patrono de la ciudad San Narciso, á cuya proteccion é intercesion atribuian los devotos moradores su salvacion de los ataques y peligros en las guerras de antiguos tiempos.

Hasta el 31 de mayo no habian adelantado otra cosa los sitiadores que arrojar con trabajo á los nuestros de la ermita de los Angeles. Aumentadas en la primer semana de junio las fuerzas enemigas hasta 18,000 hombres con los refuerzos que desde Vich les envió Saint-Cyr, circunvalaron la plaza y comenzaron á atacar varios de los fuertes. El 12 (junio) se presentó ya un parlamentario á intimar la rendicion, y aqui es donde el gobernador Alvarez comenzó á demostrar lo que podia esperarse de su entereza y decision. «No quiero, contestó, trato ni comunicacion con los enemigos de mi patria, y el emisario que en adelante venga será recibido á metrallazos.» Y de cumplirlo así, y no ser solo una arrogante amenaza, dió después no pocas pruebas. Con esta respuesta, sin dejar de continuar los ataques á las torres y castillos, comenzó en la noche del 13 al 14 un terrible bombardeo. Soldados y vecinos defendian denodadamente los puntos que se les encomendaban; fueron no obstante sucesivamente desalojados de las torres de San Luis, San

Narciso y San Daniel, en gran parte desmanteladas por la artillería. Habiéndose apoderado el 21 Saint-Cyr, aunque á costa de sangre, de San Feliú de Guíjols, aumentáronse las fuerzas sitiadoras hasta 30,000 hombres, sin que por eso en el resto del mês alcanzasen mas ventajas, siendo ellas á su vez molestadas por los somatenes.

Resueltos ya los franceses á apoderarse á toda costa de Monjuich, embistiéronle el 3 de julio con veinte piezas de grueso calibre y dos obuses. Guarnecíanse 900 hombres (1). En la noche del 4 intentaron ya los enemigos el primer asalto: rechazados por la serenidad de los nuestros, suspendiéronlo hasta el 8: arremetieron aquel dia en columna cerrada, guiados por el valiente y temerario coronel Muff: temerario decimos, porque repelido hasta tres veces con gran estrago de los suyos, todavía se obstinó en acometer la cuarta, hasta que herido él mismo y desmayada con tanto destrozo su gente, hubo de retirarse con pérdida de dos mil hombres, entre ellos once oficiales. De los nuestros pereció don Miguel Pierson que mandaba en la brecha. Acibaró tambien el feliz resultado de aquellos asaltos la desgracia de haberse volado aquel mismo dia la torre de San Juan, intermedia entre la ciu-

(1) Como una bala derribára al foso la bandera española que tremolaba en uno de los angulos, el subteniente don Mariano Montoro tuvo el admirable arrojo de bajar á recogerla, subir por la brecha misma, y enarbolarla de nuevo. Hechos parciales de asombroso valor personal, parecidos á éste, se vieron bastantes en este célebre sitio.

dad y Monjuich, pereciendo en la esplosion casi todos los españoles que la guardaban, y pudiendo solamente salvar á unos pocos el valor y la intrepidez de don Carlos Beramendi, que no fué el solo rasgo de patriotismo con que se señaló en este sitio. Por aquellos dias se apoderó tambien Saint-Cyr del pequeño puerto de Palamós, pereciendo igualmente casi todos sus defensores.

Pasó el resto de julio dedicado á impedir que entráran socorros en la plaza, logrando en efecto interceptar un convoy que conducía el coronel Marshall, valeroso irlandés que habia venido á tomar parte en esta guerra en favor de España, de cuyo encuentro solo este caudillo y unos pocos con él pudieron salvarse y penetrar en la ciudad. En cambio molestaban tambien á los sitiadores por todos lados y sin cesar algunos cuerpos de tropas nuestras, y sobre todo los somatenes y miqueletes, mandados por gefes tan intrépidos y activos como Porta, Robira, Cuadrado, Iranzo, Milans y Clarós. Los fuegos de la plaza no cesaban tampoco, y una de las bombas incendió la torre de San Luis, de que se habian apoderado los franceses, quedando muchos de ellos entre los escombros, y sucediéndoles á su vez lo que á los nuestros habia acontecido pocos dias ántes con la voladura de la torre de San Juan. Llegado agosto, pusieron los franceses especial ahinco y empeño en apoderarse de Monjuich. Diez y nueve baterías llegaron á levantarse para es-

pugnarle. Hiciéronse dueños del rebellin, y todavía no desmayaba el ánimo ni se entibiaba el ardor de los nuestros, y todavía hicieron alguna salida costosa á los contrarios. Pero de los 900 hombres que le custodiaban habian perecido ya 511 soldados y 18 oficiales; casi todos los restantes estaban heridos; el coronel Nash que los mandaba creyó imposible prolongar más la resistencia; así lo comprendió tambien el consejo de oficiales que reunió, y resolvióse en él abandonar el fuerte, no sin destruir ántes las municiones y la artillería (12 de agosto). Ruinas mas que fortaleza era ya aquel recinto cuándo le ocuparon los franceses: tres mil hombres les habia costado conquistar aquellos escombros. El gobernador Alvarez, á pesar de su severidad, aprobó al fin la conducta de los valientes defensores de Monjuich, convencido de que habian llenado su deber cumplidamente.

No nos admira que el general Verdier creyera, y lo asegurára así á su gobierno, que á la rendicion de Monjuich tardaria pocos dias en seguir la de la ciudad, que quedaba en efecto bastante descubierta y por flacos muros y muy escasos fuertes defendida. Pero equivocóse el general francés, como quien no conocía aún la tenacidad de aquellas tropas y de aquellos habitantes. Para defenderse de las nuevas baterías que él hizo construir en diferentes puntos y de los fuegos que vomitaban contra la ciudad, hacian los de dentro parapetos, zanjás, cortaduras y todo género de obras, cer-

raban calles, y el gobernador Alvarez hizo colocar cañones hasta encima de la bóveda de la catedral. Mandaba tambien hacer pequeñas salidas en cuanto lo permitía la escasez de la guarnicion. Cuéntase que en una de ellas, como el oficial que la guiaba le preguntase dónde se refugiaría en caso de necesidad, le contestó aquel imperturbable caudillo: «*en el cementerio.*» De estas salidas se aprovechaban los catalanes de fuera para introducirse en la plaza, ávidos de participar de los trabajos y de la gloria de sus compatriotas, y dia hubo en que solo de Olot penetraron en la ciudad hasta cien hombres. Pero el principal encargado de proporcionar socorros mas formales de hombres y de vituallas era el general Blake.

De vuelta de Aragon este general, despues de haber empleado algunos dias en la reorganizacion de su menguado y desconcertado ejército, pensó seriamente en socorrer la ya enuy estrechada y apurada plaza de Gerona. Por ásperos y montuosos caminos llegó á Vich, donde pasó revista á sus tropas (27 y 28 de agosto), y prosiguiendo por escabrosas sendas al Coll de Buch y á San Hilary, donde se le juntaron siete regimientos, dió alli sus órdenes (31 de agosto) á don Manuel Llauder y al coronel de Ultonia don Enrique O'Donnell, á aquél para que fuese á desalojar al enemigo de la altura de los Angeles al norte de Gerona, á éste para que le llamase la atencion por la parte de Bruñolas, mientras él con escasos 6,000 hombres que le

quedaban se adelantaba á las alturas del Padró á la vista de la ciudad sitiada. Llauder se apoderó con bizarría de la ermita de los Angeles, plantando en ella la bandera española, bien que teniendo que retirarse luego al pie de la altura por haber cargado á la ermita gran refuerzo de enemigos. O'Donnell, á quien se unió Loigorri, atacando vivamente la posicion de Bruñolas cumplia bien su mision de atraer hácia sí la mayor parte de las fuerzas francesas, mientras Rovira y Clarós combatian á la orilla izquierda del Ter. Entretanto por la derecha de este rio se acercaba á Gerona un convoy de 1.500 á 2.000 acémilas, escoltado por 4.000 infantes y 500 caballos á las órdenes del general García Conde. Este cuerpo sorprendió y arrolló en Salt (1.º de setiembre) un fuerte destacamento francés, y el convoy y la division entera entraron tranquilamente en la plaza, no obstante la vigilancia y las maniobras de Verdier y de Saint-Cyr para impedirlo.

Quedaba la dificultad de volver á sacar las acémilas de la plaza, donde nada aprovechaban yá, y estorbaban mucho. Hizose tambien esta operacion tan diestra y felizmente (3 de setiembre), que sin perderse ni una sola caballería ni un solo hombre se salvaron y transportaron á San Feliú, quedando segunda vez burlado Saint-Cyr. De la division de Conde quedaron en la ciudad mas de 3.000 hombres, cuyo refuerzo alentó grandemente la ya harto menguada guarnicion. Conde con el resto de su gente se volvió á Hostalrich, y Blake,

después de dirigir y proteger tan feliz operación, se replegó sucesivamente á San Hilary, Roda, San Feliú y Olot. Exasperado el enemigo con este incidente, y ardiendo en deseo de vengarse, volvió á ocupar los puestos abandonados, recobró la ermita de los Angeles (6 de setiembre), y acuchilló á todos sus defensores, salvándose solo tres oficiales, y el coronel Llauder que se arrojó por una ventana. En los días siguientes se renovaron con furor los ataques contra el flaco muro de la ciudad. Tres anchas trincheras habia abierto ya el cañon enemigo en los baluartes de Santa Lucía, Alemanes y San Cristóbal. Antes de dar el asalto envió Saint-Cyr parlamentarios á la plaza pidiendo la rendición, pero Alvarez, cumpliendo la amenaza y la promesa que desde el principio habia hecho, los recibió á metrallazos.

Tál conducta del indomable gobernador español necesariamente habia de indignar al general francés, y el asalto se hizo inevitable. A las cuatro de la tarde del 19 de setiembre cuatro columnas enemigas de á 2.000 hombres cada una avanzaban á las brechas. Las campanas de Gerona, al mismo tiempo que los tambores, llamaban á paisanos y soldados á la defensa de los puestos que de antemano se habian señalado á cada uno. A todos presidía, y á todos alentaba con su imperturbable continente el gobernador Alvarez, y el silencio magestuoso con que marchaban los de dentro contrastaba grandemente con el estruendo de los

doscientos cañones que de la parte de fuera retumbaban. En la brecha de Santa Lucía que acometió la primera columna enemiga, por dos veces fueron rechazados los agresores, quedando allí sin vida muchos de ellos, bien que con la desgracia de que la perdiera tambien el valeroso coronel irlandés Marschall que mandaba nuestra gente. En las de Alemanes y San Cristóbal no fueron los franceses mas afortunados: de una los repelieron al arma blanca los regimientos de Ultonia y de Borbon: en otra los escarmentó don Blas de Fournas que la defendía. Los ataques á la torre de Gironella y á los fuertes del Calvario y del Condestable costaron algunas pérdidas á los nuestros y muchas á los contrarios. Don Mariano Alvarez acudía sereno á los puntos donde era mayor el peligro; á su vista y á su ejemplo se enardecian hasta las mugeres; algunas recibieron la muerte por su intrepidez: perdimos tambien oficiales muy distinguidos; ¿pero qué suponen 300 ó 400 españoles que perecieron en los asaltos de aquel día, en cotejo de cerca de 2.000 franceses que quedaron en sus brechas? Grande debió ser el escarmiento de los sitiadores, cuando Saint-Cyr no se atrevió á repetir los asaltos, y cuando abiertas tantas y tan anchas brechas se decidió á convertir otra vez el sitio en bloqueo.

Atento siempre Blake al abastecimiento de la plaza, habia estado preparando en Hostalrich otro convoy de igual número de acémilas que el anterior y

algunos ganados. Propúsose proteger él mismo su transporte á Gerona con el grueso del ejército, que constaba de 10.000 hombres, yendo don Enrique O'Donnell de vanguardia con otros 2.000. En tanto que Blake ocupaba las alturas de La Bisbal, O'Donnell arrolló dos destacamentos franceses que encontró al paso, avanzó, acaso con indiscreta intrepidez, hasta la plaza, introdujo en ella hasta 300 acémilas, y él mismo entró con 1.200 hombres en Gerona (26 de setiembre). Mas no pudo penetrar ni el resto del convoy ni el resto de la columna; uno y otra fueron cortados por Saint-Cyr, que interponiéndose de improviso entre O'Donnell y Blake, apoderóse de las brigadas y de los conductores, haciendo ahorcar ó fusilar con desapiadada fiereza muchos de ellos, y quedando también en su poder gran parte de la escolta. Blake, cuyas fuerzas no bastaban para empeñar un combate con el enemigo, retiróse primeramente á Hostalrich, y después trasladó su cuartel general á Vich, donde permaneció hasta el 13 de octubre. El socorro de vituallas introducido en Gerona no bastaba ni con mucho á remediar la penuria de la plaza, y los 1.200 hombres que con él entraron más servían de embarazo que de provecho por lo que aumentaban el consumo. Pensó por lo mismo O'Donnell seriamente en evacuar cuanto ántes pudiera la ciudad: las dificultades para la salida eran grandes; grande también el peligro; pero venció aquellas y salvó éste, cruzando una

noche silenciosamente la ciudad (12 de octubre), y uniéndose después al ejército por medio de una atrevidísima marcha que ejecutó por el llano, atravesando por entre destacamentos enemigos. Ya entonces no mandaba el sitio Saint-Cyr; habíale reemplazado el mariscal Augereau, llevando nuevos refuerzos para apretar el bloqueo.

En una de aquellas atrevidas empresas para el socorro de la plaza fué gravemente herido el brigadier conde de Pino-hermoso (don Luis Roca de Togores), gefe muy querido del general Blake, y también del gobernador Alvarez, á cuyas órdenes habia servido en sus primeros años en guardias españolas: era el de Pino-hermoso uno de los caudillos que más se habian distinguido desde el principio del alzamiento nacional (1).

Sentian ya los sitiados los rigores del hambre; repartíase parcamente entre los soldados el escasísimo

(1) Había en efecto este generoso patricio levantado en su país natal un regimiento con el nombre de *Cazadores de Orihuela*, que los soldados llamaban *voluntarios de Pino-Hermoso*, cuyo cuerpo pereció casi todo en Zaragoza, y en el cual hicieron sus primeras armas algunos que llegaron después á los mas altos empleos de la milicia. El conde, que comenzó costeando de su patrimonio el mantenimiento de sus voluntarios, hizo mas adelante el donativo de todas sus rentas á la nación; cuyo patriótico desprendimiento y cuyos servicios no impidieron que en 1814 se le persiguiera y encausara por sus opiniones, como á tantos otros buenos españoles. De nuevo molestado despues de la reaccion de 1823, abrumado de disgustos, menguada su hacienda, y perdida su salud, murió en 1828 en Alicante, donde habia sido comandante general, sin que el gobierno permitiese siquiera poner sobre su féretro la espada que voluntariamente habia desenvainado y con tanto desinterés blandido en defensa del trono y de la independencia de la patria.